

NUEVOS Y VIEJOS PROFESIONALES EN CHILE

La expansión de la educación superior y su impacto en la estructura social

Víctor Orellana Calderón¹

Introducción: la necesidad de un enfoque que vaya más allá del problema de los derechos y la igualdad de oportunidades

El presente artículo sintetiza los resultados más importantes de la investigación “*Caracterización social de los estudiantes de educación superior en Chile*”² llevada adelante en el marco del Foro AEQUALIS³. Dicho trabajo representa una parte de una aproximación más general al estudio de la formación profesional en Chile promovida por el Foro, que incluyó una caracterización de las instituciones terciarias -con la elaboración de una nueva tipología de clasificación⁴- y proyecta un próximo estudio empírico sobre los estudiantes, su paso por la educación superior, y las implicancias de ésta en su posterior inserción ocupacional.

Como resulta de consenso tanto en el sentido común como en los ambientes académicos, el crecimiento de la cobertura de la educación terciaria en las últimas décadas ha tenido enormes consecuencias en la fisonomía de la sociedad chilena, en particular, en sus patrones de estratificación. Al respecto, resulta bastante enraizada la idea que tal expansión ha tenido un efecto virtuoso en la estructura de oportunidades, promoviendo mayores niveles de igualdad al permitir el ingreso masivo de sectores sociales que nunca antes tuvieron la oportunidad -ni siquiera la aspiración- de alcanzar la condición de profesionales.

Esta imagen se ha instalado en el centro de la discusión sobre educación superior y estratificación social. De un lado, aparecen visiones optimistas que presentan la expansión, en las condiciones concretas como se ha dado en nuestro país -de la mano de un sistema privatizado, virtualmente restringido a la formación docente y con orientación lucrativa- como uno de los principales logros en democratización social de las décadas recientes. Sumado al aumento general de los ingresos y la extensión social del acceso al consumo, la apertura de nuevas vacantes en la educación terciaria se transforma en el corolario de una supuesta expansión de las oportunidades de movilidad y desarrollo social en Chile, inédita en su historia.

Se debe tener en consideración que, en general, la relación entre democracia social y capitalismo siempre implicó históricamente -de una u otra forma- el involucramiento del Estado como interventor del mercado (esencialmente en la asimetría de poder entre capital y trabajo). La cualidad específica del relato “optimista” aquí presentado es que permite concebir una sociedad abierta y democrática del punto de vista social sin

¹ Licenciado en Sociología de la Universidad de Chile. Trabaja como ayudante de investigación en el Centro de Investigación en Estructura Social (CIES) de la misma casa de Estudios (www.ciesmilenio.cl).

² Cubre el período entre 1983 y 2010. De carácter cuantitativo en base a datos secundarios disponibles: CASEN, datos de MINEDUC, del CIES de la Universidad de Chile y del INJUV.

³ Iniciativa de diálogo y articulación de miradas sobre los nuevos problemas de la educación superior, coordinada por la ex ministra del ramo Mónica Jiménez. El esfuerzo cuenta con el respaldo de variados thinks tanks e instituciones de educación terciaria.

⁴ Se agradece a Rodrigo Torres, profesional del Consejo Nacional de Educación a cargo de dicha investigación, su diligencia para poner al servicio del autor los anexos metodológicos necesarios para aplicar su tipología de clasificación de instituciones.

incorporar, al menos en principio, regulaciones estatales destinadas a moderar la asimetría de poder entre capital y trabajo. La expansión de la cobertura post-secundaria termina siendo uno de los grandes pilares en el consenso ideológico de la igualdad de oportunidades, fortaleciendo la noción de bienestar como resultado del esfuerzo personal -o capacidad de emprendimiento- de los individuos, por encima de una concepción universal de derechos⁵.

De otro lado, y de forma crítica a las tesis llamadas *optimistas*, se plantea que la desigualdad social en Chile ha sido un rasgo permanente desde la segunda mitad del siglo XX hasta ahora. El crecimiento de las vacantes terciarias no produciría el efecto virtuoso señalado a raíz de una serie de impedimentos tales como la expresión de la desigualdad en el rendimiento académico, el nivel de deserción, la mala calidad de las instituciones, el endeudamiento, la estrechez de las políticas de financiamiento estudiantil, etc. Se presenta a la privatización de la educación superior en Chile como una tendencia contradictoria con la dominante en América Latina, donde las entidades públicas aún mantienen la hegemonía -la mayoría de las veces- de la matrícula y en algunos casos impulsan fuertes procesos de expansión en el acceso. De ahí que se descarte la existencia de movilidad social y se releve el carácter espurio del acceso a formación profesional como estrategia de integración, en especial, para los jóvenes que representan la primera generación en sus familias en aspirar a obtener un título profesional.

Independiente de los juicios de valor que se haga, lo cierto es que ambas nociones, pesimistas y optimistas, comparten una aproximación similar al problema de la educación superior: parten de la base que individuos considerados abstractamente iguales debiesen incorporarse a las instituciones terciarias según su mérito académico, alcanzando legítimamente diferentes grados de retribución del producto social vía salarios en función de su esfuerzo y talento. La actual discusión entre distintos sistemas de acceso -desde pruebas universales a la consideración del rendimiento en el contexto social inmediato- expresa tal acuerdo: se busca, en el fondo (y en una discusión altamente tecnicada) el mejor instrumento para acceder al mérito académico de los postulantes. Así mismo, no se reclama una igualdad de resultados, sino de puntos de partida: se persigue igualdad de oportunidades.

Más allá de su optimismo o pesimismo, se trata de dos polos fuertemente normativos. Y por lo mismo, poco útiles para un examen más detallado del efecto real de la educación superior en la estratificación social. Ambos restringen dicho efecto a las consecuencias que la educación terciaria pudiera tener en la inserción ocupacional de los sujetos, desde el punto de vista valórico y/o normativo de la igualdad perfecta (o lo que algunos autores llaman *movilidad perfecta*). Tal concepción reduce el nexo entre estratificación, educación y acción al ámbito de la acción individual de los sujetos (también llamada *agencia*), soslayando otras consecuencias que la educación post-secundaria tiene de hecho en la fisonomía de la estructura social del capitalismo contemporáneo, y que se relaciona con la configuración de nuevos sectores sociales y nuevas clases, con impacto en la cultura, en el plano simbólico, y de hecho también en la política.

Al compartir en el fondo una concepción de la estratificación social como orden ajeno a la acción colectiva⁶, se deja de observar el impacto de la educación superior (y de otras esferas de la realidad) en los procesos de

⁵ La noción de gasto social focalizado, propia de políticas neoliberales, ha enterrado la idea de derechos sociales universales de la socialdemocracia. Más allá de quien la administre, tal concepción se origina en el período autoritario bajo la ODEPLAN de Miguel Kast, padre de Felipe Kast, reciente ministro de MIDEPLAN. Más detalles en *Panorama social del Chile del Bicentenario* (Ruiz & Orellana, 2011).

⁶ En otro lugar se ha desarrollado con más detalle este argumento. La relación entre educación superior, estratificación y acción, a menudo se observa desde la epistemología económica expresada en las teorías de capital humano, los horizontes asociados a la "sociedad del conocimiento", y las teorías funcionalistas sobre estratificación, que destacan a la educación post-secundaria como aspecto clave en el paso de formas de diferenciación social adscriptivas a otras

formación y desarticulación de los sujetos y fuerzas sociales que concretamente estructuran el panorama actual, político, social y cultural del país. Por sobre ilustrar lo que efectivamente pasa, se valora la realidad por cuánto se acerque o aleje del ideal de "igualdad de oportunidades". Mas como se sabe, y como se ha esforzado en instalar toda una historia de pensamiento sociológico -incluido aquí particularmente el pensamiento crítico- la realidad no se agota en tales aspectos. De lo que se trata, entonces, es de conocer los hechos como condición necesaria para evaluarlos. Primero, aprehender las consecuencias a nivel del agente más allá del juicio normativo sobre movilidad perfecta. Y segundo, tal vez más importante, comprender el impacto de la educación superior en la génesis de nuevas condiciones de posibilidad para emergentes sectores y clases sociales que tendrían -según la discusión internacional- decisivo impacto político en la sociedad actual. En esa perspectiva se enmarcan las presentes notas.

En el primero de estos problemas, el carácter normativo de ambos polos lleva a relevar ciertos datos empíricos sobre otros, en lugar de un examen conjunto de tendencias aparentemente contradictorias. Así, aunque existen datos que demuestran que la desigualdad relativa⁷ se ha mantenido como rasgo permanente, y por tanto poco se ha hecho en Chile en pos de una verdadera igualdad de oportunidades, también existe evidencia empírica que vuelve innegable la existencia de movilidad social ascendente vinculada al paso por la educación superior, además de una mayor retribución vía ingresos a todo aquel que pase por tales instituciones, incluso sin finalizar adecuadamente sus estudios (Meller, 2010). Al momento de compararnos con el contexto latinoamericano, lo cierto es que la percepción de rezago chileno respecto al resto del continente es una idea alojada únicamente en el pensamiento crítico: para el grueso de la población en Chile y en aquellos países, el modelo chileno resulta un ejemplo virtuoso tanto por sus altos niveles de cobertura como por la significativa retribución a través de los ingresos futuros del paso por la educación superior.

Así se llega a una situación aparentemente contradictoria: existen datos que demuestran que la desigualdad se mantiene, mientras otros datos demuestran que estudiar sí permite movilidad social. Lo cierto, como se verá, es que ambas cosas suceden. Una de las consecuencias de los enfoques normativos es que se centran tanto en un juicio valorativo de la realidad que evaden el problema de identificar cuánto, concretamente, hay de fluidez e inmovilidad en los cambios en la estructura social de las últimas décadas.

Sin embargo, aquí tampoco se agotan las consecuencias de la educación superior en la estratificación. Respecto al segundo problema, como destaca la literatura sociológica especializada nivel internacional⁸, la educación terciaria tiene un efecto considerable en la conformación de nuevas clases sociales, cuyo rol político, social y cultural resulta a su vez determinante en la sociedad en general, imponiendo los rasgos característicos de las sociedades post-industriales. Se plantea que el paso por instituciones post-secundarias aceleraría la conformación de grupos de relativa cohesión cuyo origen social resulta diverso; por otra parte, también ayudaría a formar identidades culturales comunes, generalizando al interior de tales clases un estilo de vida similar y por tanto modalidades de acción propias (Goldthorpe, 1992). Este segundo orden de preocupaciones respecto a la educación superior implica rescatar una literatura sociológica algo olvidada por los estudios contemporáneos de estratificación, vinculada al análisis de clase. En esta perspectiva, el impacto de las instituciones terciarias en la estructura social resulta relevante para comprender la génesis

adquiridas, definidas por el mérito. Enfoques más sociológicos que intentan asociar estructura y acción han quedado fuera de este verdadero consenso que domina el estudio de la educación y la estratificación. Ver Orellana (2011).

⁷ La distancia relativa entre los sujetos.

⁸ Ver los trabajos de Goldthorpe sobre la *clase de servicio* (Goldthorpe, Sobre la clase de servicio: su formación y su futuro, 1992), de Wright sobre las *posiciones contradictorias de clase* (Wright, 1985), y de Bourdieu sobre los profesionales (Bourdieu, 1988).

de los sujetos sociales que animan -o animarán- los principales escenarios políticos del presente y futuro. Con ello, las transformaciones a nivel de las ideas dominantes de una sociedad pueden comprenderse en relación a cambios en la estructura; como es conocido, hoy los estudios de estratificación poco hablan de cultura y los estudios de cultura poco hablan de estratificación, reemplazando el determinismo económico por el determinismo del discurso. Contra tales extremos también se orientan estas notas, que buscan una aproximación a los cambios a nivel cultural asociados a la educación superior tanto desde una lógica cultural como estructural.

El artículo está organizado de la siguiente manera: en primer término, se presentará una caracterización social de los estudiantes al momento de ingreso o exclusión del sistema. Luego se mostrarán las distintas trayectorias seguidas en el sistema educacional, para posteriormente referirnos a la inserción ocupacional de los profesionales, y los rasgos ideológicos comunes que presentan según sus tipos de instituciones de egreso. Finalmente, se debatirá el impacto a nivel de la estructura en los dos órdenes descritos -el patrón de desigualdad y la emergencia de nuevos grupos- y su efecto cultural y simbólico.

Carácter social de la expansión en el acceso

La población estudiantil de nivel superior ha experimentado una acelerada expansión en las últimas tres décadas. Aquello coincide con profundas transformaciones a nivel de las instituciones de educación terciaria, que han implicado una pérdida de hegemonía del sector público en aras de la matrícula privada.

La expansión de la educación terciaria presenta un carácter social estratificado, incorporando a lo largo del tiempo a los sectores sociales de más altos ingresos que resultan adyacentes a los que ya han sido anteriormente integrados⁹. De esta manera, la llegada masiva de jóvenes de clase media y sectores populares únicamente tiene lugar al “saturarse” la cobertura en los segmentos de mayores ingresos (de ahí que, considerando la segunda mitad del siglo XX como ciclo de larga duración, proporcionalmente del total de profesionales, el estudiante “profesional primera generación” tienda a disminuir¹⁰). Además, los puntos de saturación para cada categoría caen a medida que bajan los ingresos; en otras palabras, no todos los sectores sociales ingresarán, de manera sostenida, en la misma proporción a la educación post-secundaria.

Predominan las instituciones de carácter universitario, docente y lucrativo; la educación técnico-profesional resulta residual en el período estudiado, incrementando su matrícula únicamente en los últimos 7 años, lapso que coincide con un aumento más sostenido de crecimiento de la cobertura en individuos de los dos primeros quintiles de ingreso. Hacia 2009, el 54% de la matrícula estaba concentrada en instituciones no selectivas¹¹ (privadas y la mayoría lucrativas), recogiendo a su vez a más del 62% de los estudiantes de educación superior “primera generación”.

⁹ Esto refuerza las tesis de la literatura internacional sobre educación superior y estratificación, en particular, comprueba la hipótesis de la *desigualdad máximamente mantenida* (Raftery & Hout, 1993).

¹⁰ Aunque es cierto que hoy 7 de cada 10 estudiantes de educación superior lo hacen por primera vez en sus familias, en la década de los años 40' tal proporción era de 8 cada 10. Es el aumento absoluto del acceso, y no relativo, lo que produce el efecto aparente más marcado de democratización social (calculado elaborado a partir de datos de encuesta CASEN 2009).

¹¹ Con puntajes PSU menores a 550 en promedio. Aunque aquello no implica un juicio sobre selectividad en general, puesto que existen otras modalidades de selección que relevan otros indicadores, en este caso la selectividad ha estado considerada, por disposición de datos, como el puntaje PSU promedio de cada institución.

Se observa, en general, un sistema altamente diversificado bajo lógicas de mercado, promoviendo una segmentación orientada a públicos nítidamente definidos, y por tanto, de baja pluralidad interna en las instituciones. Mientras el viejo sistema del Consejo de Rectores presenta un perfil más mesocrático (no llega ni muy arriba ni muy abajo en la estructura social), su pluralidad interna se aprecia al interior de las instituciones; es decir, un estudiante de origen popular puede conocer a uno de origen alto al interior de una misma sala. Cuestión que ocurre en menor medida en el nuevo sistema impuesto tras las reformas del período autoritario: a nivel sistémico aquellas instituciones llegan más arriba y más abajo que las del CRUCH, pero de forma segmentada, con gran homogeneidad social interna. En otras palabras, existen instituciones para sectores altos, medios y bajos, donde la mixtura social de origen es prácticamente nula.

En la medida que la distribución del ingreso del país se vuelve más desigual en el 20% más rico¹², es allí donde se concentran las diferencias más sustantivas en términos de perfiles institucionales. Las universidades complejas, herederas del antiguo sistema de educación superior de hegemonía pública, presentan una extracción social más amplia que aquellas de reciente creación, en particular, respecto a las nuevas de mayor calidad, más bien elitarias.

Trayectorias educativas

En esta línea, la tendencia de los sectores altos que acumulan capital educativo desde largos períodos de tiempo (profesionales tercera generación, es decir, estudiantes cuyos abuelos fueron profesionales) es a conformar un circuito relativamente cerrado de universidades de altos aranceles -siendo el capital económico la principal barrera de entrada, desplazando al rendimiento educacional- pero de menor valor investigativo; en otras palabras, las universidades tradicionales del Consejo de Rectores lentamente pierden la batalla para formar a la élite. Los estudiantes “profesionales segunda generación” exhiben la mayor inclinación por el viejo sistema de universidades complejas, aunque también una cuota importante de participación las instituciones no selectivas. Finalmente, los estudiantes “profesionales de primera generación” en su mayoría ingresan a la educación técnico-profesional y a universidades de gran tamaño y baja selectividad, orientadas a segmentos de bajos ingresos. Es en estas instituciones donde la deserción al segundo año bordea el 40%, lo que plantea un importante problema para el país¹³.

Los percentiles de mayor logro en las pruebas de selección (independiente de su origen social) optan por las universidades complejas herederas del sistema de hegemonía pública. A pesar de los condicionamientos, los sectores de altos ingresos no resultan mayoritarios si se analiza el 10% de mayor puntaje PSU de 2010. Cerca del 50% del percentil superior de rendimiento PSU proviene desde fuera del 15% más rico de la sociedad chilena.

Las variables socioeconómicas son las que más determinan el logro en pruebas de selección (PSU), imponiendo así un condicionamiento estructural fuerte a las opciones posibles de los individuos. En prácticamente la mayoría de la sociedad chilena (excluido el decil de ingresos más altos), invertir en un establecimiento particular subvencionado influye positivamente para ser parte del 10% de PSU más alta de

¹² Es uno de los problemas de recurrir al instrumento de los quintiles de ingreso en estos análisis. Mientras en la zona baja de la estructura social existe una fuerte homogenización de ingresos, en la zona alta se aprecian las diferencias más importantes. El 5% más rico duplica en ingresos al 5% inmediatamente adyacente, diferencia que no se verá en ninguna otra parte de la sociedad (cálculo elaborado a partir de datos de encuesta CASEN 2009).

¹³ Se trata de indicadores brutos. De todas maneras, las tasas de deserción aumentan para las instituciones menos selectivas.

cada categoría socioeconómica, pero en una magnitud mucho menor al efecto del nivel educacional alcanzado por los padres. Es decir, el rendimiento académico -y la acumulación cultural familiar que lo determina- es la principal herramienta, sumada a las ayudas estudiantiles, que permite a los jóvenes de la mayoría social chilena acceder a una vacante terciaria. Lo anterior sugiere que el dinero invertido en la colegiatura se vuelve determinante únicamente cuando sobrepasa las posibilidades de pago del 90% de los chilenos. Sólo en el 10% más rico el dinero invertido en colegiatura de particulares-pagados logra superar la influencia del capital cultural acumulado por las familias en el acceso al tramo superior de PSU de dicha categoría. A pesar de esto, el 10% más rico necesita mucho menos del rendimiento PSU que la mayoría social, pues puede acceder a instituciones que son “doblemente selectivas”, tanto por requerir puntajes medios o medio-altos y costosos aranceles (universidades privadas de élite). De ahí que no sea necesario para los sectores más altos orientar sus estrategias a obtener el mayor rendimiento posible. Más bien optan a formar parte de sistemas de socialización exclusiva que combinan colegios de élite, cierres de tipo social (a veces más allá del dinero, como por ejemplo de carácter religioso) y universidades privadas que, tendencialmente, ganan la batalla a las tradicionales por formar este sector de la sociedad.

Difícil panorama para las familias cuya principal acumulación de capital es de tipo educativo, pues se mueven en un contexto -zona media alta, de mayor dinamismo- donde tales activos pierden fuerza frente a la riqueza económica y la inclusión en sistemas de socialización más exclusivos. Esto traerá consecuencias culturales en términos de la actitud de fracciones de la vieja clase media ante los sectores emergentes formados por el sistema privado.

Finalmente, se encuentra evidencia que demuestra que el acceso a la educación superior se distribuye en la generación actual con igual o mayor inequidad que en la generación precedente, so pena del incremento general de la escolaridad. El punto está en que existen diferencias en los capitales relevados en cada zona: desde la mayoría social de bajos ingresos, para acceder a la zona media, se privilegia convertir capital cultural en ingresos; para acceder desde esta última categoría a la élite, se requiere convertir ingresos en capital social.

Inserción ocupacional

Hasta aquí se ha afirmado que el aumento de las vacantes de educación terciaria no implica una reducción de la desigualdad en términos relativos -al menos al momento de ingreso-, de hecho al contrario, parece producir una segmentación aún mayor, tanto por el escaso nivel de mixtura social en las instituciones responsables de la expansión de las últimas décadas, como por el efecto de profundización de la autonomización social de la élite a través de su cierre en instituciones privadas de altos aranceles y capitales sociales exclusivos.

Sin embargo, aquello no implica, necesariamente, que el paso por la educación no tenga un efecto positivo en las remuneraciones futuras de los egresados o incluso de quienes desertan. Como indican varias investigaciones (Meller, 2010), el diferencial de ingresos entre profesionales y trabajadores no calificados se ha mantenido constante, siendo bastante alto si se compara con Europa o Latinoamérica.

Así, a pesar de que no exista movilidad social relativa, lo cierto es que existe una amplia *movilidad social absoluta o estructural*, principalmente generada por transformaciones en la estructura ocupacional bajo un crecimiento económico constante. Aquellas implican un aumento sostenido de la demanda por *trabajo de cuello blanco* (o trabajo no manual) en sus distintos grados de calificación; se trata de un sostenido y

profundo proceso de *tercerización* de nuestra economía. En las últimas décadas prácticamente se ha duplicado la participación en el empleo de los altos profesionales, así también de los técnicos y profesionales de nivel medio, y en general, del trabajo inmaterial sobre el trabajo manual¹⁴.

Estas transformaciones en la estructura ocupacional coinciden con un patrón de desigualdad marcado por la fuerte concentración del ingreso. Por tanto, abren oportunidades de inserción disímiles a través de las distintas zonas de la sociedad, que se van llenando en gran medida en función de los diferentes grados de educación al que acceden los individuos en cada espacio social de acuerdo al carácter de la expansión comentada. Dicho en otras palabras, la educación terciaria, aunque no implica cambios positivos en la desigualdad relativa, se transforma en una condición de posibilidad para acceder a las distintas oportunidades de inserción ocupacional que los cambios estructurales y el crecimiento económico abren transversalmente en la sociedad, de acuerdo a la aguda concentración relativa en la distribución de ingresos que impera¹⁵. En general, como señala la literatura especializada sobre este tipo de empleo (Lynne Macdonald & Sirianni, 1996), siempre se va a preferir a individuos que tengan estudios superiores (incluso incompletos) frente a sujetos no calificados para una plaza de trabajo inmaterial. Aquellas vacantes demandan las habilidades sociales y lingüísticas de las personas, además de requerir generalmente el uso de tecnologías de la información y conocimiento y el manejo a nivel básico del inglés; el paso por la educación terciaria representa una garantía del acceso a formas de socialización donde aquellas habilidades son parte de la vida cotidiana. De ahí que se constituya en una condición cada vez más requerida para ser incorporado en la fuerza productiva de la economía de servicios. En tal contexto se entiende la creciente importancia de las llamadas *habilidades blandas* para la formación profesional.

Además, el grueso de la movilidad social estructural, dado el patrón de distribución de ingresos y su expresión en la expansión de la matrícula terciaria, es de tipo *interclasista*, es decir, implica un salto al peldaño inmediatamente superior en la estructura ocupacional. Puesto en otros términos, se trata de cambios estructurales que dibujan un constante *flujo social* hacia ocupaciones de tipo no manual, lo que instala a nuestro país en la tendencia general de las sociedades avanzadas (Goldthorpe & Erikson, 1992).

No obstante lo anterior, sí existen saltos indirectos a posiciones más acomodadas. Se trata de porcentajes reducidos (un 4% de los hijos de trabajadores de la generación precedente hoy se incorporan a la categoría de altos profesionales¹⁶), aunque determinantes si se observa desde el punto de vista de las clases acomodadas. Desde los altos profesionales de antaño, los casos aberrantes de movilidad ascendente implican más que duplicar el tamaño de su propio círculo social; si se considera que los hijos de trabajadores son la gran mayoría, un 4% de éstos significa en términos absolutos uno de los principales orígenes de quienes hoy detentan la condición de *alto profesional*¹⁷. Condición que, en general, muestra las mayores tasas de reproducción hacia la generación siguiente de toda la zona media y media alta.

¹⁴ Según el registro empírico elaborado por León y Martínez -y actualizado por CIES-, los *sectores medios asalariados* (de calificaciones altas y medias) pasan del 18,4% en 1971 a 29,7% en 2009. Por otro lado, la *clase obrera del comercio y los servicios* crecen de un 7,4% del empleo al comienzo de la serie hasta un 15,9% en 2009.

¹⁵ Como se ha comentado, las principales diferencias en la distribución del ingreso se observan en la zona alta.

¹⁶ Según datos de la encuesta nacional de estructura social del CIES, 2010.

¹⁷ Un 8% de los hijos de sectores intermedios derivó hacia una posición de clase de servicio alta, mientras que un 54% perdió tal condición, cayendo a plazas de trabajo no calificadas. Por su parte, sólo un 25% de los hijos de la clase de servicio alta devienen en una ocupación no calificada.

En tal trayecto fue clave el paso por *universidades complejas de investigación de carácter público*. El rendimiento como trampolín social de la educación superior es menor en la medida que las instituciones son exclusivamente docentes y no selectivas¹⁸.

Cambios en la élite y los viejos sectores medios

Además de los cambios en el patrón de la desigualdad y la estructura ocupacional, la investigación nos permite aproximarnos a algunas transformaciones en la fisonomía de dos sujetos tradicionalmente centrales en los procesos políticos y sociales de nuestro país: la élite y los viejos sectores medios de empleo estatal.

Como se comentaba, la élite¹⁹ se escinde del resto de la sociedad pudiendo prescindir de las instituciones de educación superior que antaño colonizara: tanto la Universidad de Chile como la Universidad Católica pierden preeminencia en los jóvenes de más altos ingresos. Aquello implica, relacionado con la discusión sobre los cambios estructurales de las últimas décadas, una fuerte autonomización de la élite respecto al conjunto de la sociedad, escapando de cualquier espacio de socialización donde trabe algún tipo de contacto sustantivo con otros sectores sociales. Al excluyente diseño urbano de la capital (y las principales ciudades), se suma un sistema escolar fuertemente segmentado y la creciente capacidad de instituciones como la Universidad de los Andes, la Universidad Adolfo Ibáñez o la Universidad del Desarrollo de captar jóvenes -incluso de altos puntajes- provenientes del sector más exclusivo de la sociedad.

Aquí toman relevancia las transformaciones de los relatos ideológicos y estilos de vida más característicos de nuestra élite: la impronta laica y la impronta religiosa. En esta última adquieren preeminencia las versiones más conservadoras de la Iglesia (Opus Dei, Legionarios, etc.), mientras que en la primera toma preponderancia el discurso tecnocrático y economizante frente a las concepciones de carácter nacional-popular y progresista del sistema estatal universitario. La expresión de tales ideologías en el sistema de educación superior, como articuladores simbólicos centrales de las instituciones elitarias, no hace más que reafirmar aquellos cambios a en esta zona de la sociedad.

Por otra parte, los viejos sectores medios, grandes articuladores de la política y de la identidad cultural nacional-popular previa a los cambios estructurales de los setenta y ochenta, derivan en dos grandes polos: las cúpulas tecnocráticas que se proyectan hacia arriba, aliadas y aparejadas con la élite²⁰ (cuestión que el perfil de ciertas instituciones post-secundarias permite apreciar) y los segmentos arrastrados hacia abajo, los grandes perdedores del actual panorama social. Como ha comentado la literatura sociológica nacional, la clase media de empleo estatal resulta herida de muerte por los cambios estructurales y el devenir del proceso político de los años ochenta: el estado se empequeñece mientras que los principales partidos políticos anclados en aquellos cuadros migran hacia otro tipo de inserción social, principalmente, en alianza

¹⁸ Aunque las principales investigaciones sobre remuneraciones de profesionales concluyen que es más determinante la carrera que la institución (Meller, 2010), ésta también influye, sobre todo si se piensa que determinado tipo de instituciones presenta determinado tipo de carreras.

¹⁹ Es difícil aproximar conclusiones sobre la élite de una sociedad a partir de información empírica proveniente de encuestas. Lo que aquí se alude como élite es una mixtura entre sectores propiamente elitarios, grandes empresarios, y cúpulas tecnocráticas de altos ingresos.

²⁰ Como también lo indica la discusión internacional, la tecnocracia emerge de la cúpula de la burocracia estatal heredera del Estado de Bienestar (en el primer mundo) y del Estado de Compromiso (en latinoamérica) (Ruiz, 2007; Bell, 2001). Se caracteriza por una desconfianza a la política, cuestión expresada en el ánimo portaliano y anti partidario de los sectores civiles de clase media alta durante las décadas de los sesenta y setenta en Chile, que como bien relata Joan Garcés, están a la base de la ecléctica actitud de la DC y su posterior quiebre hacia 1973 (Garcés, 1976).

con facciones del empresariado (Ruiz, 2007). Es decir, a nivel de los grupos que actúan colectivamente en pos de determinar el curso político de la sociedad, estos sectores son desplazados de las correlaciones centrales de fuerza. Pero no sólo eso. Además se limitan sus posibilidades de sobrevivencia en cuanto tal, siendo difícil su inserción más arriba en la estructura social producto del distanciamiento de la élite, y la misma conservación de su posición, dada la emergencia de nuevos sectores profesionales.

Como se mencionó antes, acumulaciones de tipo cultural por sobre el capital económico (ingresos)²¹, que constituyen un rasgo característico de estos sectores, resultan materialmente devaluadas en la pugna por una vacante terciaria -con su coincidente incidencia en la inserción ocupacional futura- en la zona media-alta de la sociedad, en específico al interior de los hijos de profesionales.

La devaluación de su acumulación cultural y la crisis de financiamiento de las instituciones donde se formaron²² terminan siendo parte de una desintegración social general de dichos sectores tras su derrota política. Como bien retrata Brunner (y se desprende de trabajos de Lechner, Moulián, etc.), su impronta simbólica sobre la sociedad decrece, los viejos códigos del intelectual desarrollista son desplazados ya sea por el discurso tecnocrático, el fundamentalismo religioso, o el “arribismo” norteamericanizado de los sectores emergentes incorporados al consumo²³.

La capilaridad social y política que los conectaba a los distintos sectores sociales integrados al llamado *Estado de Compromiso* se quiebran en virtud de nuevas alianzas y formas alternativas de integración social ajenas a la acción colectiva (Moulián, 1998). Antiguamente la conducción de las principales fuerzas sociales progresivas emergía de la clase media estatal: sus cuadros daban a los sectores incorporados una noción de totalidad que le otorgaba una amplia influencia cultural sobre la sociedad, además del rol de articulador político. Tal situación hoy se desdibuja, aislando socialmente los malestares y críticas que tales sectores de tanto en tanto muestran contra el Chile actual.

De ahí que el malestar de aquellos sectores se aisle socialmente, es decir, se distancie de la opinión mayoritaria de la población en una serie de temáticas²⁴. Su crítica, lejos de ser puramente ideológica, expresa como se ha detallado un proceso de desintegración social real donde la estructura del capital acumulado se devalúa en virtud de nuevos modos de diferenciación social, relacionados con la preeminencia de lo económico sobre lo educacional²⁵. En la medida que su pérdida de importancia relativa en la sociedad

²¹ Lo que para el sociólogo francés Pierre Bourdieu sería una estructura del capital acumulado marcada por el capital cultural.

²² Como se sabe, la desestructuración del sistema universitario propio del modelo desarrollista fue una prioridad para el régimen militar. Lo que diferencia la experiencia chilena del resto de las dictaduras latinoamericanas, es el carácter refundacional de las reformas aplicadas a la educación superior: no sólo se segmentó y desfinanció el sistema público existente; aquello era tan sólo un momento negativo (en términos de desarticular lo que no se desea) en un diseño general esencialmente afirmativo, que buscó -con éxito- sentar las bases para un sistema terciario de hegemonía privada. Es decir, no sólo se desfiguró a las universidades tradicionales por los consabidos motivos políticos de desarticulación de los viejos actores sociales y políticos, sino como paso para la construcción de un nuevo sistema universitario.

²³ Ver los trabajos de Brunner (Brunner, 2005) y Moulián al respecto (Moulián, 1998).

²⁴ La encuesta nacional sobre estructura social del CIES incluía un set de preguntas sobre juicios acerca del Estado, las clases sociales y la desigualdad. En la mayoría de estas los profesionales egresados de instituciones terciarias creadas con posterioridad a las reformas de los años 80' presentaba un patrón más similar al promedio social. En cambio, quienes habían sido formados por las instituciones tradicionales, se alejaban de las opiniones generales, mostrando mayores niveles de malestar y criticidad.

²⁵ En el mismo instrumento investigativo, al preguntar la razón de por qué el sujeto se posiciona a sí mismo en determinada clase, sólo los egresados de universidades laicas tradicionales destacaron en más de un 50% aspectos distintos a la situación económica, en particular, el estilo de vida y la educación recibida.

se relaciona con la emergencia de nuevos grupos de origen diverso (los nuevos profesionales, en su versión de ocupaciones altas de impronta tecnocrática o sectores intermedios), el malestar que exhibe no tiene cómo generalizarse socialmente de la manera en que sucedía antaño.

En síntesis, se observa un retroceso de las formas de diferenciación estamentales en la zona media alta. Mientras la élite se parapeta bajo tales cierres (capital social y económico yuxtapuesto, sin necesidad de recurrir al mérito académico), el capital económico es más determinante en la zona inmediatamente adyacente. De ahí que los mecanismos de cierre característicos de los viejos sectores medios entren en crisis. La credencial ya no vale por sí misma como determinante de la posición social, sino la credencial en la medida que habilita optar a mayores ingresos económicos²⁶.

Conclusiones

Como se ha discutido, la desigualdad se mantiene al mismo tiempo que la educación superior se transforma cada vez más en una condición de posibilidad para acceder a las oportunidades que los cambios estructurales y el crecimiento económico abren -desigualmente- al conjunto de la población. A su vez, a través de los cambios en la educación superior y su impacto en la estructura social se pueden observar transformaciones a nivel elitario y en el seno de los sectores medios, cuestiones que rebasan -según se sugirió- el problema de la verificación de la igualdad de oportunidades. La investigación permite acumular evidencia que ayuda (aunque no totalmente, por cierto) a comprender tanto la desestructuración de los viejos sectores medios, como el surgimiento de nuevas cúpulas tecnocráticas de origen social diverso, además de la autonomización social de la élite.

Pero tras las conclusiones ya esbozadas hasta aquí, hay dos cuestiones que merecen unas líneas más: qué es aquello que emerge entonces desde la perspectiva de un análisis de clase, tras la desarticulación de la vieja clase media, y segundo, cuáles son las consecuencias de orden cultural y simbólico que tales cambios -incluidos aquí los que ocurren en el sistema de educación superior- instalan en la sociedad, pensando proyectivamente al futuro.

La primera pregunta rebasa con creces los fines de la investigación presentada. Hasta donde se pudo observar²⁷, las plazas de trabajo inmaterial son sumamente diversas y de gran heterogeneidad interna. A su vez, el origen de los individuos que las ocupan es igualmente disímil, mediando -cuando existe paso por la educación superior- un sistema terciario altamente segmentado y por lo mismo de gran diversidad. No se trata entonces de la formación de una clase profesional homogénea, sino de una suerte de *nube mesocrática* cuyos principales rasgos comunes incluyen el desempeño de forma asalariada en el sector privado²⁸, tal como la mayoría del empleo en Chile.

Una porción de estas ocupaciones presenta rasgos de lo que la discusión internacional alude con el concepto de *clase de servicio*, y aunque son distintos, también al de *cúpulas tecnocráticas*. Sin embargo, aquello no constituye una explicación cabal al problema del impacto de la expansión de la educación superior en la estructura social. Aunque tales categorías existen, y en gran medida presentan una amalgama entre

²⁶ Por lo mismo tiende a primar una valoración de la educación superior en términos de su valor de cambio y no de uso.

²⁷ Para un análisis de clase más detallado faltan datos relativos a la maduración socio demográfica de los grupos (la solidez de sus vínculos interclasistas) y su maduración socio cultural.

²⁸ Una franja media de empleo privado y asalariado es una cierta novedad histórica, pues nunca tales características habían coincidido. Ver (Ruiz & Boccardo, 2010).

antiguos sectores medios escindidos de su alianza nacional-popular y nuevos sectores emergentes, la nube mesocrática no responde totalmente a dichas características. Se trata de un fenómeno social más amplio, no restringido a la parte alta de la sociedad.

A nivel ideológico, estos sujetos no se distinguen en demasía de la mayoría social: aparece una fuerte desconfianza a la política (que disminuye en los sectores medios tradicionales) y un importante optimismo respecto a la efectiva igualdad de oportunidades en el país. Entre los sectores medios, las familias que menos conversan de política tienden a inscribir a sus hijos en instituciones privadas no selectivas (las que son responsables actualmente del grueso de la expansión).

La lejanía respecto de la política vuelve una incógnita su posible actitud colectiva futura, sin embargo, en la medida que las bases de su malestar se vinculan con las limitantes estructurales de la promesa de movilidad, sus reclamos podrían llegar a representar cierto liderazgo sobre el conjunto de facciones sociales cuya inserción en la estructura ocupacional resulta menos ventajosa, pero que observan a las posiciones deseables, en términos de observación cotidiana, desde los casos que conocen que han tenido éxito. Tal capacidad amplificadora y universalizante, que pierden los viejos actores de la clase media tradicional (de ahí su lejanía en los juicios respecto a la sociedad), parecen ganarlos nuevos movimientos como el secundario del 2006, capaces de ir más allá de tales sectores y asumir rasgos de nuevo tipo.

Aquello se vincula con la segunda pregunta de carácter más simbólico. Habitualmente, como se señaló en la introducción, los estudios de cultura relevan el papel del discurso y en especial de los medios de comunicación de masas en la difusión o aislamiento de determinados esquemas mentales. No sólo de discursos formulados explícitamente, sino de lo que Gramsci aludía como formación del *sentido común*, esquemas no verbalizados de pensamiento que, al generalizarse, permiten a una clase volverse hegemónica.

Lo que se sugiere es que los espacios conquistados tras la movilidad social estructural podrían estar sirviendo de capilaridad orgánica hacia distintos sectores sociales en la difusión y propagación de las formas de pensamiento tecnocráticas y meritocráticas tan en boga hoy. En la medida que ha sido la acción individual y el “mérito” lo que, desde la perspectiva del sujeto emergente, ha permitido tanto el paso por una carrera terciaria como una posterior inserción relativamente ventajosa en la estructura ocupacional, los discursos sobre emprendimiento y meritocracia adquieren solidez ante la realidad social que circunda a dichos casos y que aún se encuentra enraizada en sectores sociales más bajos. Lejos de tratarse de un proceso meramente superestructural, la masificación de tales postulados parece tener una base material. Sobre todo ante el vacío que la desintegración de la vieja clase media deja, y dada la alta desarticulación social de la sociedad chilena (Ruiz, 2007).

La comprensión de estos procesos permitiría no sólo observar el momento de orden y paz social, sino el por qué son ciertos conflictos y ciertos sectores los que logran representar el interés social general en desmedro de otros. Hecha esta anotación, sería sugerente emprender un análisis del movimiento del 2006 bajo tal marco conceptual.

Como última consideración, evidentemente no todas las temáticas propuestas se juegan al interior de las instituciones de educación superior. No es eso lo que se sugiere, sino al contrario: concebir la educación superior como parte de la sociedad en que existe, pues en gran medida contribuye a formar y reproducir sus principales dinámicas. Dejar de observarla bajo la lógica organizacional o de los “derechos”, y comenzar a comprenderla como una parte orgánicamente conectada con el conjunto de poder y problemáticas que existen en el país.

BIBLIOGRAFÍA

- Bell, D. (2001). *El advenimiento de la sociedad post-industrial*. Madrid: Alianza.
- Bourdieu, P. (1988). *La distinción: criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Brunner, J. (2005). Chile: ecología del cambio cultural. En C. Catalán, & P. Torche, *Consumo cultural en Chile: miradas y perspectivas* (págs. 20-43). Santiago: Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.
- Garcés, J. (1976). *Allende y la experiencia chilena. Las armas de la política*. Madrid: Ariel.
- Goldthorpe, J. (1992). Sobre la clase de servicio: su formación y su futuro. *Zona Abierta* 59/60 , 229-263.
- Goldthorpe, J., & Erikson, R. (1992). *The constant flux: a study of class mobility in industrial societies*. Oxford: Clarendon Press.
- Lynne Macdonald, C., & Sirianni, C. (1996). *Working in the service society*. New York: Temple.
- Meller, P. (2010). *Carreras Universitarias, rentabilidad, selectividad y discriminación*. Santiago: Uqbar.
- Moulián, T. (1998). *Chile actual: anatomía de un mito*. Santiago: Lom.
- Orellana, V. (2011). *Nuevos y viejos profesionales en Chile (1983-2010), impacto de la educación superior en la estructura social, elementos para una interpretación sociológica*. Santiago: No editada.
- Raftery, A., & Hout, M. (1993). Maximally Maintained Inequality: Expansion, Reform and Opportunity in Irish Education, 1921-75. *Sociology of Education* , 41-62.
- Ruiz, C. (2007). Actores sociales y transformación de la estructura social. *Revista de Sociología* 21 (Universidad de Chile) , 209-233.
- Ruiz, C., & Boccardo, G. (2010). *Panorama actual de la estructura social chilena (en la perspectiva de la transformación reciente)*. Santiago: Documento de Trabajo CIES, Universidad de Chile.
- Ruiz, C., & Orellana, V. (2011). Panorama social del Chile del bicentenario. *Análisis del año 2010* , 27-51.
- Wright, E. O. (1985). *Classes*. Londres: Verso.